



NUM. 3.

MADRID, 15 DE FEBRERO DE 1858.

AÑO II.

REAL MUSEO DE PINTURA Y ESCULTURA.

II.



as galerías de pintura deberían ser tanto por la variedad como por la distribución de sus objetos, la historia del arte en todas sus evoluciones. Contiene el museo de esta corte

mismo sentimiento aparece traducido bajo cien distintas formas, y bajo todas se comunica al corazón del artista. Reviven á nuestros ojos todas las grandes figuras de la Biblia, los mas eminentes personajes de la mitología y la historia. Ideas de siglos que pasaron y pueblos que murieron se nos presentan formuladas en lienzos que rebosan de vida y de poesía. La historia, aun la sagrada, recibe nueva luz de cada revolucion de la humanidad y de cada genio que viene al mundo; por diversos cuadros de un mismo asunto determinamos sin esfuerzo el movimiento evolutivo de las ideas en el tiempo. En las páginas del arte es mas fácil apreciar que en las de la crónica la marcha de la especie al través de las edades; sobre cada una de esas inmortales páginas se van fijando involuntariamente los sentidos del cuerpo y las facultades del espíritu.

Mas ¿quiénes son aquí los primeros artistas? se pregunta luego el hombre pensador que cruza lentamente esas galerías. Los mas de los espectadores juzgan las obras de arte simplemente por sus formas; otros, no tantos, por la inteligencia con que están compuestas y la riqueza de imaginación con que ha sido abrazado el argumento. Las constituye una cualidad algo mas alta las obras de arte. Está hoy reconocida la superioridad de Shakespeare sobre todos los poetas dramáticos modernos. ¿Por su lenguaje, por la regularidad de sus dramas ni por lo grande de su fantasía? No, sino por su fuerza de concepción que le ha dejado dominar los caracteres mas complejos y penetrar en el fondo de la naturaleza y el hombre. Por su fuerza de concepción es preciso juzgar al artista. Las demás cualidades no hacen mas que completarle.

Entremos en cualquiera de las salas españolas y juzguemos. Durante largo tiempo ha sido Murillo entre nacionales y extranjeros el rey de nuestros pintores. ¿Por qué ha llegado al fin á destronarle Velazquez? Murillo ha abarcado en su imaginación el cielo y la tierra; ha abierto á los ojos del creyente las puertas del paraíso y revelado la gloria de los bienaventurados y los santos. Si ha sido en muchos de sus cuadros naturalista, ha llegado en otros á los últimos límites del idealismo. Ha agrupado divinamente sus figuras, revestido todas sus obras de brillantes formas.—Nada hay de brillante en los cuadros de Velazquez; nada que revele una gran fantasía. Los mas son simples retratos; casi todos, reproducción de escenas de la vida real, del mundo y de la generación en que su autor vivía. ¿En qué puede fundarse la superioridad de Velazquez? Dícese que en la pureza de su dibujo y la verdad de su colorido; en la prodigiosa exactitud con

que ha sabido trasladar á sus lienzos la naturaleza. Hay pintores que reproducen las facciones del hombre, otros que al hombre. Velazquez ha pintado en cada una de sus figuras todo un carácter; hé aquí su verdadero título de gloria. Por la pluma de Tácito no conoceríamos mejor á Felipe IV que por el pincel de este artista. La historia está lejos de revelarnos lo que el retrato del conde-duque de Olivares. El mismo cuadro de los borrachos es un poema: las huellas del vicio aparecen profundamente impresas en aquellos rostros animados por una alegría béquica.

Murillo no ha tenido con mucho esa fuerza de concepción asombrosa. Ha presentado sus personajes bajo uno solo de sus aspectos. No ha sabido, generalmente hablando, identificarse con ellos y devolverles la vida que vivieron. La vida es siempre una lucha; lucha del espíritu y la materia, lucha de los sentimientos y las virtualidades contrapuestas que encerró Dios en el alma de todo hombre. Esta lucha se manifiesta raras veces en los cuadros de Murillo, ni aun en aquellos cuya escena ha tenido lugar en el mundo de los sentidos. No solo Velazquez; Zurbaran, Ribera ganan en fuerza de concepción á Murillo. Zurbaran tiene tal vez tanta como Velazquez: Ribera ha pintado cabezas que son verdaderos tipos. ¡Lástima que no contenga este museo el Santo Tomás del primero, su San Bruno y Urbano IV, y algunos de sus meditados cartujos! La mirada de Zurbaran era tambien profunda; leia tambien y traducía en sus cuadros toda la vida moral de sus personajes. Han acertado á pintar Zurbaran y Murillo un mismo asunto: Jesucristo aun niño, dormido sobre la cruz en que ha de exhalar su último suspiro. No hay mas que comparar los dos lienzos. Coléjense luego los apóstoles de Murillo con los de Ribera. Ribera ha pintado el Prometeo de la fábula estendido sobre las rocas del Cáucaso, y devorado en sus entrañas por un buitre. No parece sino que ha comprendido la significación moderna de ese antiguo mito.

La fuerza de concepción, si, la fuerza de concepción constituye al verdadero artista. Por ella se podría clasificar á todos los pintores, todos los escultores, todos los poetas, todos los hombres de arte. Un nuevo sol alumbraría entonces la crítica. Se descubrirían nuevas filiaciones artísticas y desaparecerían divisiones evidentemente absurdas. Nuestros pintores se hallarían naturalmente distribuidos en dos grandes familias: una que empezaría en Morales, llegaría á su apogeo en Murillo y terminaría en Boyeu ó en Tejeo; otra que empezaría en Herrera el viejo, llegaría á su apogeo en Velazquez y Zurbaran y terminaría en Goya. Figurarían en aquella

sobre dos mil cuadros, de setecientos á ochocientos mas que la Pinacoteca de Munich y el Belvedere de Viena: ¿es con todo la historia del arte ni aun en sus principales períodos?

Se le recorre inútilmente en busca de pinturas antiguas. No cabe estudiar la edad media sino en algunas tablas de Hemmeling, Van-der-Weyde, Alberto Durero y otros pintores alemanes y flamencos del siglo XV. Empezan las escuelas italianas en Vinci y las españolas en Morales. No hay un solo cuadro de Pedro Vannucci, ni de Miguel Angel Caravaggio. Luis de Vargas, Juan de Sevilla, el fogoso Herrera, son autores completamente desconocidos. De Miguel Angel Buonarotti y de Salvador Rosa, existe un solo lienzo. Uno solo, de las Roelas y Antonio del Castillo. Son escasísimos los cuadros donde se puede seguir el arte en su decadencia.

Añádase que no están clasificadas las obras cronológicamente ni por escuelas; que ni por autores llegan á estarlo en las mas de las salas. La serie es la ley del mundo, ha escrito un autor célebre. Seriar es raciocinar, ha dicho cerca de medio siglo despues uno de los mas audaces pensadores modernos. ¡Qué en España nos sean tan inútiles los adelantos de la ciencia!

Es completa la confusión en este museo. ¡Qué espectáculo, sin embargo, el de cada uno de los salones! Un

los que hubieran traducido sus sentimientos espontáneos y atendido más a la parte formal que a la esencial del arte; en esta los que hubiesen atendido más a la esencial que a la formal y traducido sentimientos, producidos por la inteligencia de las cosas.

Podría hacerse estensivo el sistema a los pintores de las demás escuelas. Podría aun prescindirse de las divisiones introducidas, mas por el espíritu nacional que por una necesidad de la crítica, y dejar ver la unidad con que se ha desarrollado la pintura en todos los pueblos cultos. Hay en todas las escuelas autores que, aun separados por largas distancias y períodos de mas de medio siglo, han realizado marcadamente una misma evolución del arte. El estudio de la historia de esta sería desde luego fácil. No se escaparían relaciones que hoy pasan desapercibidas aun a ojos perspicaces. La distinta manera como se han ido concibiendo los mitos de las antiguas leyendas y tradiciones religiosas, sería para todos clara y perceptible. La crítica levantaría algo mas su vuelo y no se detendría como hoy en minuciosos accidentes. No se la oíría censurando el colorido del *Pasmo de Sicilia*, ni citando los anacronismos del *Prendimiento* de Van-Dyck. La idea del cuadro, la filosofía de cada figura absorberían por completo su atención y no le aranciarían palabras indignas. No se pararía tampoco ante una perspectiva de Migliara, pasando por alto uno de los mas encantadores paisajes de Salvator Rosa.

Se habría debido seguir por lo menos un sistema análogo en la nueva sala de la reina Isabel, donde se han reunido las obras maestras de todos los autores. Existe en esta sala el mismo desorden que en todas; el mismo desorden que en la de la escuela francesa y alemana, donde están confusamente mezclados cuadros de estilos opuestos y de edades distintas; el mismo desorden que en las de las escuelas flamenca y holandesa, donde alternan con las obras mitológicas y religiosas de Rubens y los retratos de Van-Dyck, las bellas cacerías de Voss y las animadas escenas de costumbres de Teniers y de Brueghel; el mismo desorden que en los corredores superiores e inferiores, donde figuran las obras de Jordani al lado de horribles bocetos de Goya.

Es punto menos que imposible recorrer a la luz de la historia este museo. ¿No es verdaderamente de lamentar cuando es tan rico, no solo por el número de sus cuadros, sino por los originales que posee de los mas grandes pintores? Contiene tres de Leonardo de Vinci, diez de Rafael de Urbino y siete de Andrés del Sarto; seis de Lanfranco, diez y seis de Guido Reni y diez de Anibal Carracci; cuarenta y tres de Ticiano, veinte y cinco de Pablo el Veronés y treinta y cuatro de Tintoretto; cuatro de Correggio; diez y nueve de Poussin y diez de Claudio Lorena; nueve de Alberto Durero, veinte y dos de Van-Dyck, cincuenta y tres de Teniers y sesenta y dos de Rubens; diez y ocho de Juan de Juanes y siete de Ribalta; seis de Morales; ocho de Sanchez Coello y once de Pantoja; sesenta y cuatro de Velazquez, cuarenta y seis de Murillo, ocho de Cano, catorce de Zurbaran y cincuenta y ocho de Ribera. Si quisiera la historia del arte en los siglos XVI y XVII ¿con cuánto fruto no cabría estudiarla a haberse seguido algun sistema en la distribución de los cuadros?

En las salas del museo de escultura reina aun mayor desorden. Junto a torsos del mas bello gusto antiguo, se levantan detestables estatuas modernas. Mesas de mármol en mosaico, que no datan de tres siglos, figuran al lado de aras de dioses. Las hermas de Bias, Platon, Aristóteles, Zenon, Hipócrates y Pericles, están confundidas entre los bustos de los Césares romanos y los de sus corrompidas familias; las musas y las demás divinidades del Olimpo, entre esos mismos emperadores y nuestros últimos monarcas. Los dos mas bellos grupos del museo son el rapto de Ganimedes y los hermanos Castor y Pollux: están detrás del grupo de Alvarez en la sala que corresponde a la de la reina Isabel en el museo de pintura. Hasta los vasos etruscos están mezclados con jarrones de pódrido y modelos de monumentos antiguos, cincelados por autores modernos.

Es pobre el museo de escultura respecto al de pintura; ¿pero es esto razon para que dejen de estar clasificados los objetos?

Repetimos que un museo debería ser la historia del arte: ¿cuándo se empezará a trabajar con ahinco y sobre todo con método para que llegue a serlo?

FRANCISCO PI Y MARGALL.

VICENTE BELLINI.

RELATO PANEGÍRICO; IMPRESIONES MUSICALES; NOTA DE ADMIRACION MEZCLADA POR EL ENTUSIASMO A LAS NOTAS SUBLIMES DE AQUEL MAESTRO.

I.

Después de todas las creaciones de la inteligencia, después de todos esos engaños ó verdades convencionales que se llaman «lo abstracto», «la política», muchas veces la «filosofía» alguna vez hasta la «ciencia» queda un nombre consolador, una verdad indefinible, pero absoluta, santa: el arte.

Verdad suprema porque es la mas vaga.

Verdad indestructible porque no vive en la cabeza, lugar alto y peligroso, sino que reposa en el corazón.

Arte no es solo el conjunto de reglas que a falta de principios sirve para crear y sostener un orden de sentimientos: arte es el calor inefable y suave que sientes en el pecho tú, lector varonil y empedernido, cuando miras por vez primera una *Concepción* de Murillo: es el impulso que agita tu brazo rodeado de finísimo encaje, lectora melancólica, cuando pones involuntariamente la mano sobre el teclado y nacen bajo tus dedos algunas notas de Bethoven. Arte es la comunidad de sensaciones y de ideas que se establece entre nuestra alma y la del poeta cuando en una noche de paz oímos decir dentro de nosotros mismos

¿Quién eres tú, lucero misterioso
pálido y triste entre luceros mil?...

Arte es aquella aureola que rodeaba la frente severa y terrible del Dante en los sueños de juventud en que todos vimos la sombra del genio florentino al través de la cascada de brillantes que se llama *Divina Comedia*; arte son aquellas lágrimas de oro vertidas en las veladas del invierno, en la sagrada intimidad de la familia cuando uno de nuestros hermanos leía con el codo apoyado sobre el regazo materno, versos de Lamartine ó de Zorrilla: algo en fin que une las almas en celestial expansion; un privilegio concedido al rey de la creación para reproducir y embellecer los murmullos, los colores, los perfumes de la naturaleza, para tener a sus órdenes la obra de Dios: eso es el arte.

Y si en ese dominio ejercido por el sentimiento sobre la región de lo bello hay una soberanía señalada antes que todas, es el imperio de lo vago, de lo aéreo: que el sentimiento es el hombre, y elevando al uno forzosamente ha de seguir el otro aunque le lleven las inspiraciones mas allá del azul de los cielos. Así, pues, para el que ha vivido con el alma; para el que ha tenido lágrimas que enjugar, dolores que esconder, dicha que repartir; en fin, para todo el que ha vivido entre hombres con un corazón humano y sin esos indicios de locura que benévolamente llamamos extravagancias; para todo el que posee algo de sentimiento celestial dentro de un cuerpo medianamente organizado, la música es el arte por excelencia, no en la región inferior de la utilidad, donde se razona, sino en el mundo superior del sentimiento donde se calla ó se habla tan solo con los gritos del entusiasmo. Porque la música es lo mas vago, lo mas misterioso del arte humano: nadie ha sabido el orden de situaciones que pueden ser espresadas por la música, y si admitis que puede espresarlas todas, no sabreis dar la razon de que así sea; como no sabreis qué relacion existe entre el alma y el sonido inarticulado, que no es convencional y sin embargo es músico. La música no tiene realmente causa lógica de ser; cautiva porque cautiva; hechiza porque hechiza; eleva y consuela porque consuela y eleva. No admite pro ni contra; reside en todos los corazones, y no pretende estar en ninguna cabeza: por lo mismo se halla fuera de todo debate, y mucho mas alta que todos los que pretenden negarla, y mucho mas segura que todos los axiomas filosóficos, mil veces cambiados ya en la serie de los tiempos, mientras que la música solo ha variado para aumentar su perfección sin desechar una sola de sus pasadas adquisiciones.

No es posible traer aquí, a la fría superficie de ese cuerpo flexible, blanco y sonoro en que tantos hemos visto evaporarse el rosado color de los sueños juveniles, no es posible sujetar sobre el papel con estos lazos feos y desiguales que llaman letras, lo que sentimos todos al escuchar por primera vez un conjunto melódico y armonioso: aquel entusiasmo que juntó instintivamente nuestras palmas cuando mirando a la escena por primera vez con la vista impresionable del adolescente, oímos un final de Donizetti ó un coro de Rosini: aquel movimiento involuntario de nuestro pecho, aquel fuego interior que partió del corazón y llenó de lágrimas nuestros ojos, aquel impulso desconocido que nos hizo arrojar el libro, cuando leíamos protegidos por la copa de un saucel en silenciosa tarde de otoño y llegó de repente hasta el fondo de nuestra alma el eco vibrante de una música escondida entre los árboles, allá en la orilla opuesta del río que lamia nuestros pies. Pero la música es el bálsamo supremo de nuestras heridas; es la espresión de la esencia divina que hay en la humanidad.

Oíd la tradición. Ella os dirá que el primer hombre, solo en el paraíso, atónito de verse a sí mismo, volvió los ojos a su alrededor y admiró los espléndidos colores de la tierra, y el brillo soberano del sol, y escuchó arrobado el magnífico concierto de las auras y las aguas y los pájaros.

Oíd a la historia. Los hombres, os dirá, reunidos ya en tribus, tuvieron chozas, gozaron de la expansion; pero carecieron aun de casas, de ciudades y de templos; apenas poseyeron un idioma, no conocieron la escritura, y sin embargo esos hombres, los mas remotos que apunta en sus anales la vida de la sociedad, se juntaban para orar y entonaban al amanecer aquellos unisonos conciertos que después hemos llamado himnos.

El ruido cadencioso de las hojas movidas por el viento, el murmullo pacífico de un arroyo, las voces acordes de los hijos del patriarcalismo, el canto apasionado de Julieta y Romeo... todo es una sola cosa, todo es un orden de sentimientos inmenso, pero seguido y homogé-

neo. Por eso hay una necia profanación en llamar al arte imitación de la naturaleza. La música es un arte donde la copia del natural ha llegado como el último y mas insignificante de los recursos modernos. En la música nadie imita; la música es una escala interminable pero sola: una creación variada pero única, en que Dios ha dado las primeras bases que se llaman el ruido del trueno, el canto del ruiseñor ó el fragor de la cascada permitiendo después al hombre que continuase su misma obra, no sujetándole a la pobre misión de copista ó plagiario. Hablad sino los que habeis vivido en los campos y en los mares: decid si el canto de la segadora que vuelve al hogar con los primeros y pálidos reflejos de la luna del estío, se os antojó alguna vez imitación del monotonó y alegre concierto de las ranas, del áspero gritar de las chicharras, de la gozosa discordancia de los grillos, del suavísimo trino del gilguero. Decid, si al oír la barcarola entonada mar adentro por el pobre pescador de Nápoles ó la playera cantada en la orilla por el indolente pescador de Málaga pensásteis algun día que aquellas notas eran copia ó parodia del mugido de las olas; decid si no las creísteis distintas en su forma y unas en su esencia; decid si cantos y oleaje no llegaron a vuestros oídos como partes diversas de una misma orquesta. El mar dando el tono y el compás a la voz del marinero; el marinero aprovechando instintivamente para su canto sentimental el balance de la barquilla y el bajo prepotente de las olas.

Si; la música, único idioma universal é instintivo, inagotable esencia de consuelo que se forma en el aire, en el agua, en el fondo de nuestro pecho, en la débil garganta de un canario, que rodea la creación como una benévola mirada de su autor, es una; es un solo orden de sentimientos: orden cambiado en la naturaleza como el color de los campos con variaciones que no todos alcanzan; orden renovado después infinitamente con el poder especial de la inteligencia humana.

II.

Mas en esa interminable serie de melodías de la naturaleza, en la gigantesca colección de armonías fiadas por el hombre a la voz ó al instrumento, hay todos los géneros de la mente dentro de los ecos del corazón, y entre esos géneros que son unas veces vagos como el afecto idealizado, tormentosos otras como la vida del héroe, entre esos géneros que presentan aquí un alarde desproporcionado de filosofía sentimental, una variación inapreciable de flores bellas y fragantes, ostentadas ante nuestra vista sin conmovér ni admirar; que demuestran allá el abuso del entendimiento cuando domina absolutamente las artísticas manifestaciones del corazón; entre esos géneros innumerables, hay uno suavísimo, preferido por los que prestan cierta melancólica tinta a las elevaciones de su alma; por los que rodean de un santo misterio las vehementes palpitaciones de su pecho; por los que vierten una lágrima al ver huir de sus balcones la última golondrina; por los que sueñan amores en los calorosos crepúsculos del estío siguiendo con el alma fuera de la tierra el sol que se oculta tras las nubes de púrpura y de nacar; preferido por los que dicen esos amores en silenciosa calle ó en apartado jardín a la tímida luz de mil remotas estrellas: un género de música mas dulce que el beso de la virgen irlandesa, de cutis nacarado y finísimos labios: el género simpático que prefieren los que aman a Petrarca después de leer a Ariosto; el género de ciertas almas pacíficas, elevadas, silenciosas, inteligentes; el género que rodea con inmarcesible corona la frente augusta de Vicente Bellini.

Así Vicente Bellini en todas las regiones civilizadas, donde el hombre a mas de gozar las sinfonías de la naturaleza disfruta los encantos del arte humano, ha llegado a ser el emblema del consuelo cantado, la representación del sentimiento músico, el nombre de las mas gratas melodías. Y todas esas almas inefables diseminadas por la tierra con distintos trages y destinos, todas las criaturas esencialmente sentimentales bendicen al citar el genio juvenil sus notas transmitidas a nosotros, y todas buscan con afán cariñoso alguna huella de su vida prosaica tan bellamente mezclada a su celestial existencia de artista, y todas buscan en vano, por que ningún contemporáneo del célebre maestro de veinte años ha querido levantar por completo el velo misterioso de su rápida, inolvidable carrera.

Hay empero algunos escasos datos, preciosos eslabones que sirven para enlazar con la tierra el genio celestial de Bellini, y uno de ellos es el nombre de su patria, Catania, hermosa ciudad situada como un nido en la costa perfumada de Sicilia, de aquel poético país oculto tambien como un jardín en medio de los mares entre la volcánica punta del Vesubio y las tierras abrasadas del Egipto; Catania, risueña población donde Bellini llegó al mundo con los primeros vientos de noviembre de 1802, como en nuestras regiones nace bajo la capa de las nieves la planta que ha de florecer en la primavera y fructificar en el otoño.

Yo no sé cómo trascurrieron los veinte primeros años de la vida de Bellini; sus pocos biógrafos hablan de una pasión que debió comenzar en los albores de su adolescencia y llenar años enteros de su prematura juventud; citan romanzas, composiciones sueltas, joyas perdidas

para siempre entre las manos de algun apasionado egoísta ó profano, y todos convienen en que á fines de 1823 tenia ya concluida su primera ópera que llamó *Adelson e Salvina*. Tal fue la primera muestra de aquel genio que apenas contaba veintiun años; muestra incorrecta según se dice; ópera olvidada por los públicos europeos; obra donde la deliciosa originalidad de Bellini se insinuaba quizás tímidamente, mezclando sus inspiraciones al precepto de su último maestro; verdadero prodigio en manos tan inespertas que se representó con éxito indudable en el real colegio de Nápoles.

Fue su obra primera la única elaboración que permitió Bellini á los elementos encontrados de su inmenso talento, de su inesperienza y de su juventud; *Bianca e Gerardo*, ópera que compuso dos años después, es ya una obra artística de todos conocida, un conjunto de concepciones no perfectamente determinadas, si brillantemente emitidas. Su éxito, en la Scala de Milán, fue mas ruidoso que el de *Adelson e Salvina* dejando asentado en aquel templo del arte europeo el nombre simbólico de la delicadeza y de la pasión.

Poco después en 1827, cuando contaba Bellini veinte y tres años, apareció en la misma escena *El Pirata*. Y al llegar á esa fecha de su vida, es ya imposible hablar de Bellini como de un talento que se juzga; es ya forzoso contemplarle como un genio colosal que se admira sin comentarios ni análisis: hay ya en el Pirata todo el inmenso poderío del ser superior que arroja los preceptos; hay allí todos los gérmenes de su imaginación creadora brotando en magnífico alarde; hay la bravura de su indómito genio; hay los temas mas originales, mas soberbios, mas inspirados, deslumbrando á la vez con todos los colores; hay en fin un conjunto vigoroso, acabado, novísimo, dignamente coronado con una deliciosa sinfonía. El mundo entero recibió entusiasmado la aparición del Pirata.

Bellini, satisfecho de su obra, pensó que habia hecho bastante dentro de los géneros entonces conocidos; juzgó que habia demostrado ya cuán grande podia ser en las sendas seguidas por otros maestros, y no quiso caminar por aquella vía trillada de la gloria. Resolvió crear su género; escribió la *Straniera*, dulce expresión de la ternura ideal que llevaba su alma; ramo delicado de encantadoras melodías; florida demarcación del campo que solo él debía cultivar, é inauguró con aquella obra los cantos sencillos é inimitables de su lira que aduermen el alma como el hachis oriental dejándola soñar con sonidos celestiales, y desde entonces no fue un maestro mas ó menos célebre; fue única y exclusivamente Bellini, nombre singular, representación de pensamientos especiales.

Viviendo después en Venecia, sacó de sus noches incomparables *Julietta y Romeo*, sublime manifestación de la pasión acendrada, loca, abrasadora; nota de amor desgraciado, meridional, entrañable; ópera lanzada á la faz de los iniciados del arte para dejarles contemplar un nuevo aspecto del sentimiento músico expresado antes por los cantos de la *Straniera*; muestra del inagotable corazón de su autor, salpicada de frases tiernísimas, fecunda en inimitables duos.

Y como si hubiera deseado una expresión aun mas genuina de la angélica ternura que distinguía á su simpática musa, buscó luego un precioso libro de afecto sencillo, infinito, castísimo, y escribió la *Sonámbula*: la Sonámbula, perla incomparable, última expresión del sentimiento musical, obra donde se ha pedido al arte lo que de él necesita la mas rica inspiración para arrebatarse al maestro erudito lo mismo que al profano impresionable; para cautivar el oído educado del aristócrata como el sorprendido del campesino; la Sonámbula, divino canto del amor de los amores; del amor virginal en su pureza campestre con sus zelos abrasadores y benévolos, con sus quejas desgarradoras, con sus armonías misteriosas, con sus contrastes instantáneos, con su inmaculado pudor; la Sonámbula, el idilio de la música, la flor de la escuela italiana, la obra del sublime concertante; el canto de la pasión mas candorosa donde la idea se desliza entre flauteados y armónicos sonos como una sílfide al través de las aguas, como un rayo del sol por la móvil cortina de jazmines y enredaderas que tapiza la ventana del labrador valenciano.

Pero aun faltaba una cúspide á la pirámide de gloria construida por el genio de Sicilia; faltaba una obra donde la severidad presidiera á su habitual conjunto de arte y sentimiento. Bellini llamó á un gran poeta; aquel poeta le comprendió, y poco después pudo verificar el músico inmortal la soberbia conquista que nadie menciona sin respeto. Nació la ópera *Norma*, y fue la norma de las óperas. Todo el que abarca en su inmensa latitud el vasto horizonte del arte, descubre su cabeza con veneración al saludar aquella obra maestra donde ni una nota sobra, donde no falta una nota. Pasión, riqueza de inventiva, profundo conocimiento del arte, filosofía en la interpretación, sublimidad en el canto, todo lo hay en la Norma. Dos notas de aquella ópera han hecho un libro en la mente de un amigo mio. La ópera entera ha sido y será la educación artística, el encanto y el entusiasmo de nuestra patria, cuyo sentimiento instintivo aceptó desde sus primeros días la creadora superioridad de Bellini. Comentar la Norma, la perfecta sobriedad, la inagotable vena de su cono-

cida música, fuera ensalzar la inmensidad de los mares ó ponderar el diáfano color de los cielos: quédese á todos sentirla; ni nosotros, ni nadie, puede admirarla demasiado.

Después llegó *Beatrice*. ¿Y sabéis lo que es *Beatrice di Tenda*? Es la forma ideal de los dolores de un alma grande, es la ópera de los cantos y de los temas. En *Beatrice* hay el núcleo de cuarenta composiciones escapando por todas partes entre las notas de la orquesta ó los suspiros de la mujer, como si Bellini hubiera previsto que no le quedaba tiempo para explotar lo que su corazón y su pensamiento rebotaban de concepciones. Tantas escenas, tantas ideas; ideas dolorosas en su mayor parte; gemidos del alma enamorada y cautiva; pero gemidos sublimes, ricos en lozanía, voluptuosos unas veces, desgarradores otras, conmovedores siempre: pensamientos que no por estar prodigados dejan de ser admirables, antes bien, arrebatan mayormente como la mujer que pasó á vuestro lado sin que lograrais mas que vislumbrar su encantadora belleza. La despedida de *Beatrice* bastaría para llevar de generación en generación el nombre de quien supo escribir aquella pena cantada; aquellas notas de llanto; pensad cuánto será su precio en la fabulosa colección de inspiraciones en que se presenta á vuestros oídos como el último canto de un amor desesperado.

Bellini tenia ya treinta y dos años. Sus triunfos, su creciente celebridad, le condujeron á París, donde su presencia dió lugar á un concurso sin igual en los anales de la música. Escribiéronse tres óperas para el teatro italiano; una de ellas era el *Marino Faliero* de Donizetti, y sin embargo Bellini triunfó; habia compuesto los *Puritanos*; su ópera quedó escogida entre las tres magníficas óperas, y logró un éxito extraordinario, inmenso. La obra encerraba en verdad lo que tiene la música de mas dramático y apasionado; los perfumes que quedaban en aquel genio juvenil é inolvidable; toda la ternura de su alma sublime ya entristecida con aquellas pálidas nubes que anuncian la muerte de los grandes. Era un libro de Walter-Scott divinizado por Bellini; era el drama como *Norma* es la epopeya como *Sonámbula* el idilio; eran la historia, la tradición, la grandeza de la vieja Inglaterra, cantadas por el cisne de Italia; era el amor acendrado de la virgen inglesa, ensalzado hasta su epopeya teatral por el ruiseñor espiritual de Sicilia; era el valor puritano con la interpretación melódica de su indomable nobleza; era siempre la pasión en música; era el postrer florón de la corona de Bellini.

Pocos meses después murió aquel autor inmortal á los treinta y dos años.

III.

Y murió en un país extraño, entre un pueblo de admiradores donde contaba pocos amigos.

No penseis sin embargo en lamentar su muerte. Lloradle, pero no le compadezcáis; su alma no era de este mundo. Su vida concluyó cuando debía concluir; no nos lleve el egoísmo á desear que por dejarnos mas consuelos, hubiera él tenido mas pesares. Y si alguno de vosotros, sensibles lectores, hallara exagerado mi respeto, que busque y rebusque entre la música pasada, entre los maestros difuntos, entre los compositores de hoy, alguna semejanza con Bellini; que recuerde los mismos beneficios esparcidos sobre su alma por la música siempre que quiso buscar en las melodías un bálsamo reparador, y que busque entre los músicos de todos los tiempos y de todos los países, alguien que haya conversado con el corazón tan directamente como Bellini; que haya enjugado como él, con aquel paño aéreo de notas, esas penas ocultas, que son las mas profundas en una sociedad de mentiras; alguno que le haya curado como Bellini, cuando triste y desengañado se dejó caer en la butaca de un teatro ó ocultó su cabeza entre las manos cerca de la sala donde cantaba una joven, ó tapó su pesar con la sonrisa, en el brillante salón de los conciertos.

No, Bellini no se parece á nadie; es inútil buscar sus semejantes. Meyerbeer, Rosini, Mozart, Donizetti, Weber, no son mas, no son menos que el genio de Sicilia; son una cosa esencialmente distinta. Preguntad á un maestro cuál es el carácter especial de la escuela de Bellini, y os contestará con una mezcla ininteligible de profundidad alemana, de revolución, de inspiración italiana, para concluir indefectiblemente en la palabra sentimiento. Hablad de Bellini á uno de esos pocos profanos, cuyo corazón sabe mas música que todos los maestros; comparadle ante sus ojos con el mas grande de los compositores: sí, os responderá, hay allí sentimiento, hay elevación, hay arte, hay sublimidad, si queréis; pero dejadme á mi Bellini.

Y es que Bellini nació para idealizar el sentimiento como un ser privilegiado sin otra misión en el mundo; es que su música no tiene la variedad de objetos que distingue á los demás autores, y cuando se hace dramático como en *Julietta*, su sentimiento es inmenso, y cuando se vuelve á hacer lírico como en *Sonámbula*, su sentimiento no conoce límites; es que la infinita cantidad de ese sentimiento está siempre en él como única cualidad determinante, ayudada, solo ayudada, por el arte; es, en una palabra, que su genio no era de este mundo.

Por eso debía morir cuando murió; para que su vida no dejara de ser una aparición; para que fuera como es,

una marcha triunfal donde abren el camino sinfonías celestiales, y lo cierra una nube de flores y laureles; para que fuera una peregrinación digna de sus obras; para que fuera aquella vida envidiable que nadie ha osado pintar.

¡Oh! si pudiera hablar el entusiasmo; si pudiese yo arrancar una palabra á cada uno de los que te han escuchado, dulcísimo cantor de la pasión; si pudiese recoger las dulces frases de amor suspendidas en los labios por que se avergonzaron ante tus cantos; si pudiera reunir los consuelos que han derramado tus obras sobre tantas almas sublimes perdidas en la tierra entre la oscuridad de su posición; si pudiera decir cuántos seres escogidos han hallado en tus notas la última palabra de su cariño, la suprema expresión de su ternura; si pudiera recoger las lágrimas vertidas en tu tumba por los artistas de todos los países, y especialmente por los de mi nación que tiene la santa vanidad de admirarte mas que ninguna; si pudiera entretejer todas esas perlas, ¿qué corona igualaría á la tuya? ¿qué obra mas perfecta que la de haber dado á los hombres algunas horas de vida celestial? ¿qué misión mas alta que la tuya, oh melodioso médico del alma? Tú, que lograste iluminar con el brillo celestial de tu fantasía la vista del hombre oscurecida por la desgracia; pasar en esta patria del engaño treinta años de melodías, sin causar una pena, sin arrugar una frente, y morir después sobre un lecho de laureles, dejando á las generaciones futuras siete fuentes de inapreciable consuelo!

¿Qué valen cerca de tus glorias, las glorias de César y Alejandro? Las de ellos se comentan; la tuya ni aun se dice. Yo como los demás, debo callarla.

Callad tambien lectores; sentid solamente, y si alguna vez cruzais por la capital de la civilización y de la farsa, arracad como yo una hoja del árbol que plantaron los franceses en la tumba de Bellini; traedla á que perfume vuestro gabinete, y cuando con alma dolorida mireis pasar bajo vuestros balcones alguna de esas elevaciones del mundo que os imploraban ayer, que hoy no os saludan; cuando veais una de esas injusticias que habrán secado en vuestro cerebro el poco ó mucho talento con que nacírais, volved la vista á la hoja de aquel árbol; salid á oír una melodía de Bellini.

Pio GULLON.

MÉJICO.

EL SANTUARIO DE GUADALUPE.

El único punto que por su aridez y esterilidad forma contraste con la exuberancia del sorprendente valle de Méjico, es la *Villa de Guadalupe*, situada al Norte y á una legua de la capital. Pero si cierto es que la naturaleza no ostenta en esta parte de la virgen América la vigorosa vegetación que se advierte en los alrededores de la antigua Tenochtitlan, en cambio la religión ha venido á darle una importancia, una vida y una riqueza que escenden á las ventajas de los pueblos mas favorecidos. La pequeña villa que nos ocupa posee el magnífico Santuario de Guadalupe, uno de los mas célebres y ricos del mundo; núcleo salvador en toda invasión extranjera, y manantial inagotable de creencias místicas y de heroicos hechos.

Colocado el signo de la redención sobre los muros en que ondeaba el estandarte de la media luna, y supeditadas á los Reyes Católicos las ciudades en que dominaron las armas musulmanas, los intrépidos españoles fueron el instrumento de que echó mano Dios para sembrar su civilizadora semilla en otro mundo, hasta entonces desconocido, en las fértiles regiones de la América, y aquí, lo mismo que en todas partes donde la fe no es una palabra sino un hecho, tuvo lugar uno de esos milagros que debían unir á la raza vencida y vencedora, á los antiguos aztecas y á los hijos del Cid, cambiando la faz de una sociedad envuelta hasta entonces en la idolatría.

Aun humeaba la sangre de los guerreros de ambos ejércitos: aun se descubrian en las campiñas, las huellas que deja el hierro de los combates, cuando se realizó el prodigio que debía derramar en la raza conquistada los consuelos de la religión. El milagro que á referir voy, tal cual lo cuenta la tradición, y que dió origen al magnífico templo que se eleva en la Villa de Guadalupe, fue el arco-iris que anunció una era de paz y de fraternidad entre dos pueblos diametralmente opuestos en tradiciones, hábitos, idioma y creencias religiosas. Hé aquí la sencilla exposición de ese hecho que cambió de repente la faz de la sociedad del antiguo imperio de Moctezuma.

Juan Diego era un indio natural del pueblo de Cuauhtitlan, quien acababa de abrazar la religión católica, y que robaba algunas horas al trabajo del campo, para ir á Santiago *Tlatilulco* á escuchar la doctrina de los religiosos franciscanos que administraban entonces la parroquia. Un día en que, como de costumbre, atravesaba el punto árido llamado *Tepeltyecoacsol*, que significa *nariz del cerro*, y que los españoles pronunciaban *Teppeyacac*, oyó una dulcísima armonía, y volviendo asombrado los ojos hácia el lugar de donde aquella partía, descubrió un arco iris de bellísimos colores, y en medio de blancas y transparentes nubes la mirífica forma de una

celestial mujer, vestida de la manera conque lo hacian las ricas y nobles indias antes de la conquista. Juan Diego, como impulsado por una fuerza misteriosa, se acercó á ella sin temor, aunque con respeto, y entonces oyó sorprendido, de los lindisimos labios de aquel ser cuyo mórbido cuerpo estaba cercado de cierta espiritualidad arrobadora, que era la Madre de Dios, que deseaba que se le erigiese allí mismo un templo, que dispensaria su amor y proteccion á todos los que en ella buscasen el alivio á los padecimientos, y que partiera inmediatamente á Méjico á dar parte de todo al obispo. Juan Diego cumplió con lo que se le habia ordenado; pero el digno prelado don fray Juan de Zumárraga, creyendo que todo era una vision quimérica de un indio que acababa de dejar la idolatría por la verdadera religion, no dió crédito á sus palabras. El sencillo azteca refirió á la Virgen lo poco airoso que habia salido de su comision, y habiéndosele aparecido otras tres veces sin que Juan Diego lograra mejores resultados de sus entrevistas con el obispo, resolvió no volver á pasar por aquel sitio. Tomada esta determinacion, y viendose precisado á ir por un confesor que auxiliara á un tio que tenia, llamado Juan Bernardino, el cual se hallaba gravemente enfermo, se desvió del camino para no hallarse con la celestial Señora; pero saliéndole esta de repente al encuentro, le aseguró que su tio estaba ya completamente sanó, y le ordenó que subiese á la cumbre de aquel árido cerro que solo producía espinas y malezas, recogiese en su *tilma* (tejido muy abierto hecho de yerbas) variadas flores, y se las presentase al señor Zumárraga en señal de la verdad de sus palabras. Juan Diego, á pesar de que sabia muy bien que en aquel cerro no se criaban, no digo flores, pero ni yerba obedeció, y con asombro suyo vió la cumbre cubierta de las mas exquisitas rosas que afanoso colocó en su *tilma*, partiendo al punto á verse con el ilustrado obispo. Este, á las repetidas instancias del indio, salió al salon, acompañado de algunos respetables sacerdotes y familiares. El catecúmeno entendió entonces su *tilma* para mostrar las flores, y apa-

reció grabada en aquella, la portentosa imagen de la Madre del Salvador, con tal perfeccion, con belleza tanta, que el ilustre prelado y cuantos le acompañaban, cayeron de rodillas ante aquel prodigio. Este suceso acaeció del 9 al 12 de diciembre de 1531, á los diez años y cuatro meses de la conquista, siendo pontífice

Clemente VII, y rey de España el emperador Carlos V.

Tal es la piadosa tradicion que ha ido pasando de una generacion en otra, y que ha dado á este Santuario un nombre y una importancia de primer orden.

El obispo Zumárraga, deseoso de cumplir con uno de sus mas grandes deberes, hizo construir, á sus espensas, una ermita en el cerro de *Tepeyacac*, á donde fue llevada la imagen en procesion solemne el año de 1533. Por espacio de noventa años permaneció la Virgen en ese primer templo; pero habiendo ido creciendo de dia en dia la devocion hácia esta portentosa imagen, se colectaron muchas limosnas, y se dió principio á la hermosa catedral que hoy existe, la cual se bendijo en noviembre de 1622, y en cuya obra material se habian gastado hasta entonces 800,000 duros, sin contar con un tabernáculo de plata que regaló el virey, conde de Salvatierra; sesenta lámparas tambien de plata y otros muchos objetos del mismo rico metal de que hablaré en otro lugar de este artículo.

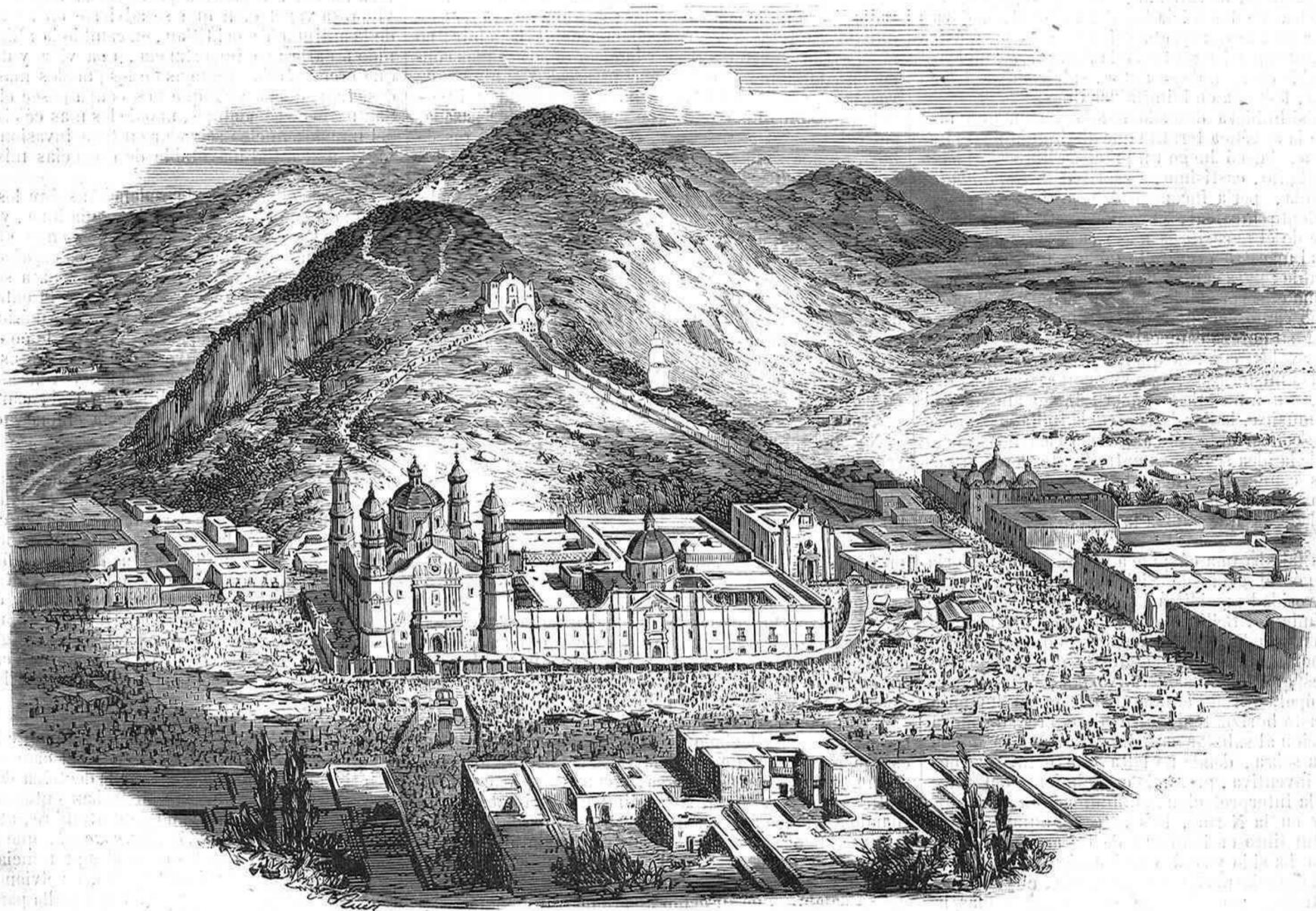
Si agradable es este sitio por los recuerdos religiosos que despierta, no lo es menos por los que pertenecen á la historia de la conquista. En él estuvieron asentados los reales de Gonzalo de Sandoval, uno de los mas valientes capitanes de Hernan Cortés, durante las sangrientas escenas de la guerra que precedieron á la toma de la capital azteca.

Pero ¿qué anuncian esos repiques y esos cohetes conque saluda la suntuosa ciudad de Méjico la luz primera de la aurora? ¿Qué anuncian ese murmullo de la gente, esa animacion que se advierte por todas partes? Es que ha llegado el memorable dia en que se celebra la portentosa aparicion de la Virgen de Guadalupe, que brilla la luz del 12 de diciembre, y que desde el presidente de la nacion, acompañado de todas las autoridades, hasta el mas humilde ciudadano, se preparan á partir hácia el respetable Santuario, uno de los mas célebres y concurridos del mundo.

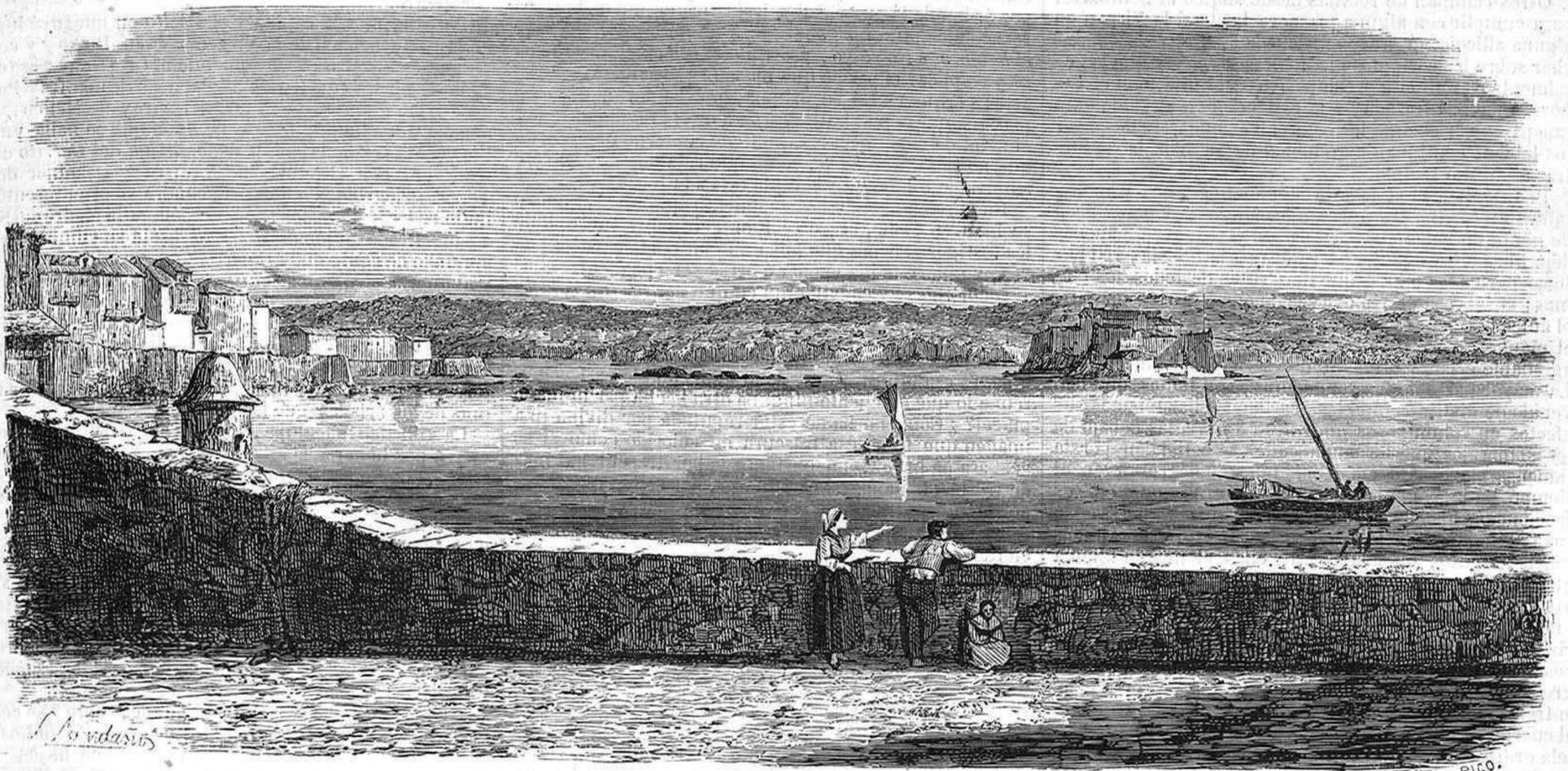
Méjico en estos momentos se presenta con todos los



VICENTE BELLINI.



SANTUARIO DE GUADALUPE EN MÉJICO.



CASTILLO DE SAN ANTON EN LA CORUÑA.

encantos, riqueza, alegría y hermosura que distinguen á las principales capitales de Europa. El repique de las campanas que rasgan el aire en las ciento quince iglesias que cuenta: el continuo estruendo de los cohetes voladores que desde las azoteas de todas las casas despiden los vecinos, y el relincho de los corceles en que

corre las calles la elegante juventud mejicana, dan á la ciudad una animacion y un tinte que cautivan. Todos los coches de alquiler, cuyo número es considerable, los de los particulares, los carros y hasta los carretones, están en continuo movimiento, llevando gente á la deseada fiesta.

locades en varios puntos del camino, gritan con ronca y destemplada voz. «onde va la chica (2); pase, amo; cuántas l' echo; dónde va l' otra.»

sacan de la espresada planta un aguardiente riquísimo llamado mescal, y por último, de las hojas del maguei se hace un papel bastante bueno.

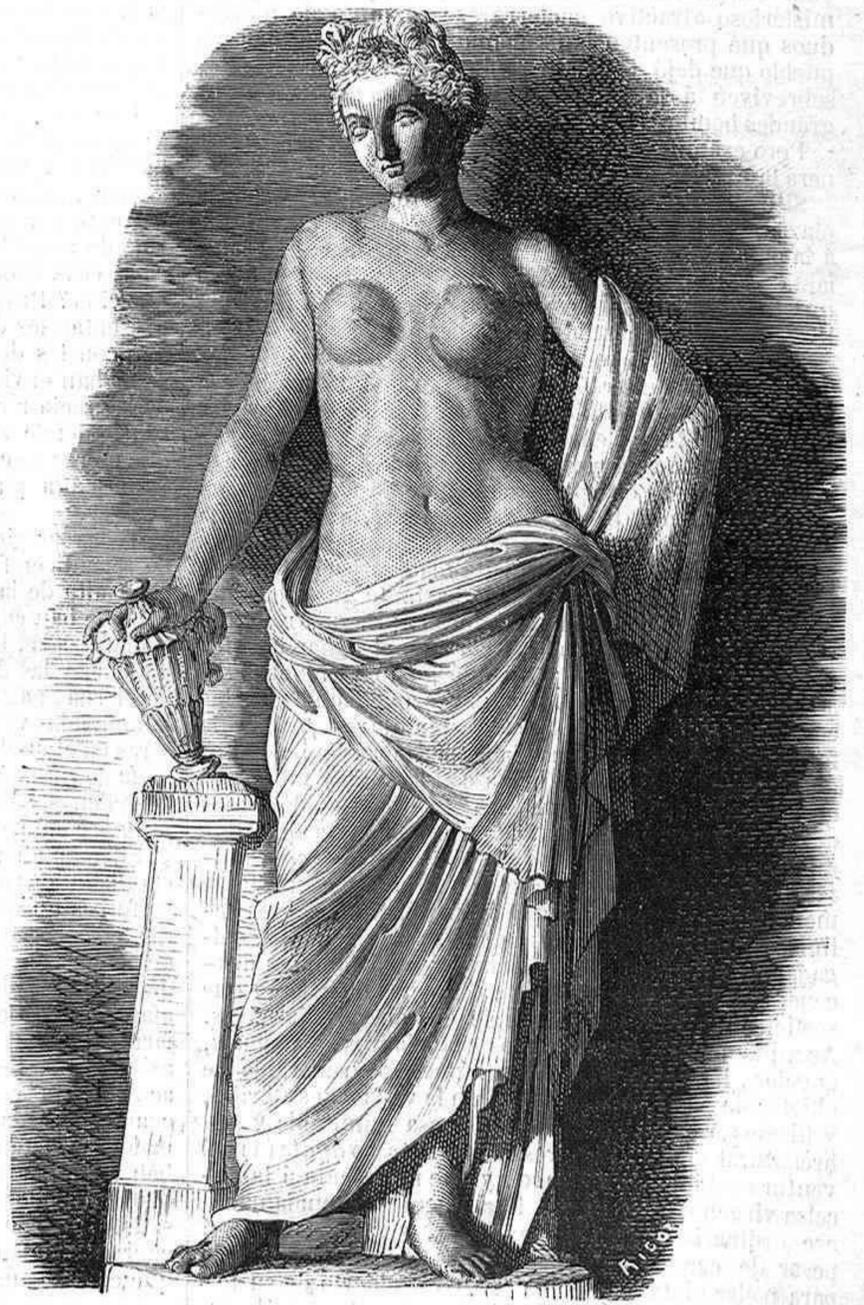
(2) Cierta medida.

Las dos calzadas que conducen de Méjico al Santuario, tanto la que forma el camino de hierro como la otra, se ven cubiertas de un gentío inmenso. Allí, buscando la sombra de los árboles, y respirando una atmósfera de polvo que levantan los coches y los caballos, marchan multitud de personas á pié y formando distintos grupos, rezando en todo el camino. Las señoras mayores son las que hacen cabeza en el rezo, que dura hasta llegar al Santuario, interrumpiéndole con frecuencia con la pregunta, *¿a quién miras niña?* dirigida á alguna de sus hijas al verla de vez en cuando y con disimulo, fijar los ojos en un jóven que en otro grupo va tambien rezando al lado de su anciano padre, y sin apartar la vista de la consabida niña. Allí, otras personas del bajo pueblo, mas devotas del dios Baco que de la oracion dominical, acuden á cada instante al irresistible reclamo de los vendedores de pulque (1), que, co-

(1) Vino sacado de la planta del *maguei*, conocido en España por pita. Además del pulque



BACO, ESTATUA DE MARMOL, DEL ANTIGUO. REAL MUSEO DE ESCULTURA.



VENUS, ESTATUA DE MARMOL, DEL ANTIGUO. REAL MUSEO DE ESCULTURA.

Otros caminan de rodillas desde Méjico al Santuario, para cumplir con alguna promesa hecha á la Virgen en alguna aflicción ó grave enfermedad, y al verlos marchar sobre las cortantes piedrecitas, la gente que generalmente es religiosa y compasiva, se quita bien el rebozo ó bien la frazada, y la estienden en el suelo para que pasen por encima los penitentes, que, sin despegar los labios, continúan marchando de rodillas hasta entrar al mismo templo.

Pero ya hemos andado la legua de camino, y ya estamos en la villa de Guadalupe. Mirad esa plaza llena de gente de todas clases, edades y sexos, que apenas deja libre el paso para poder llegar á la iglesia; ved por todas partes las mas exquisitas frutas de todos los climas; la sabrosa chirimoya, la anona, el rico mamey, el dulce plátano, el suave zapote, la apreciada guayaba, el mango, la naranja, la lima, la caña de azúcar, el agradable coco, y otras mil que sería prolijo mencionar. La mayor parte de las vendedoras, son indias que han venido de distintos pueblos, cargando ellas mismas sus efectos en voluminosos *guacales* (3). Vedlas debajo de los sombreros que formando calles se estienden por la inmensa plaza. Ahí las teneis tales cuales eran en el tiempo de la conquista; sin variación ninguna en sus facciones y modales, pues aun se conserva pura esta raza, sin que se haya cruzado con la europea. Ahí las teneis, repito, hablando entre ellas el mismo idioma que hablaban antes de que Hernán Cortés pisara su suelo, y un mal castellano cuando la gente se acerca á comprarlas sus efectos. Su tez es bronceada; chata la nariz; los ojos grandes, negros, hermosos, y con largas pestañas; blanquísimos los dientes; grueso, lacio y negro como el azabache, el pelo que llevan en trenzas entrelazadas con cordones de lana encarnada; robusto el cuerpo, y elevado el pecho. El traje lo forman: una tela ordinaria de lana azul listada, ceñida al cuerpo, que constituye sus enaguas, sostenida por un ancho ceñidor de algodón, de encendidos colores, y una tela de lana alistada de colores á que dan el nombre de *quitiz quémel*, y que, metiendo la cabeza por una abertura que tiene en medio, cae sobre el pecho y la espalda. En cuanto al calzado, generalmente no le usan ni en el pié ni en la pierna.

No se puede ver este crecido número de indios de ambos sexos hablando el idioma azteca, y pregonando en mal castellano sus efectos, sin sentirse transportado por la imaginación á aquel gran mercado de la grandiosa plaza de Tlatelulco que describe Hernán Cortés, y á la cual concurrían diariamente 30,000 personas. ¡Qué misterioso atractivo encierra ese conjunto de individuos que presentan la fisonomía primitiva de un gran pueblo que dejó de existir como nación, y cuyos restos sobreviven á la ruina de sus monumentos y de sus grandes hombres!...

Pero examinemos la magnífica iglesia en que se venera la excelsa imagen de Nuestra Señora.

Situado el Santuario al pié del cerro y en la espaciosa plaza que está á pocos pasos de la puerta que da entrada á la población, parece una madre cariñosa que se adelanta á recibir á sus amados hijos. La fachada principal que está cubierta de relieves, hechos sobre piedra sillar, pertenece al estilo *churrigueresco*.

Sin embargo, á pesar de que allí se ven reunidos todos los géneros arquitectónicos, defecto de que adolecen la mayor parte de los edificios de fines del siglo XVII y principios del XVIII, pertenecientes á la escuela de Churriguera, el conjunto es grandioso y agradable. El atrio, que es ancho y cómodo, está perfectamente enlosado y resguardado por una alta balaustrada de hierro, que descansa sobre un zócalo de piedra sillar; las puertas del templo son altas, anchas y de exquisita madera perfectamente labrada; sólidas las torres y de bastante gusto el cimborrio. Penetremos ahora al interior. ¡De qué religioso respeto se siente inundado el corazón al poner los piés en este santo templo! ¡Con qué gusto y riqueza está adornado! Las bóvedas, las naves que son tres, las columnas y el adorno de los elegantes altares, todo es de fondo blanco, con finísimas labores de oro. Ved ese altar de luciente plata, cómo brilla con las mil y mil luces que sobre él vierten á torrentes sus fulgores. Fijad los ojos en esa magnífica cruz de plata que conduce al espacioso coro en que suenan las dulces armonías del órgano, á la vez que la numerosa orquesta de melodiosos instrumentos que acompañan los cantos religiosos. Mirad esa multitud de lámparas de plata, colgadas de las espaciosas bóvedas, y ved también descendiendo del techo vistosos gallardetes de colores que sostienen doradas jaulas, donde cantan variadas aves. Acerquémonos á admirar esos candelabros, blandones, ángeles, incensarios, y otro número considerable de objetos de plata, que deslumbran la vista con su brillo, y fijemos, por último, los ojos en esa inimitable y sobrenatural pintura, impresa sobre el tosco *ayate* (4) del venturoso indio Juan Diego, y que representa á la excelsa virgen de Guadalupe. Examinemos detenidamente ese ordinario y portentoso lienzo, y veremos que, á pesar de carecer de toda preparación, indispensable para poder pintar, y de lo desigual y abierto de su tejido, la imagen de la Madre de Dios impresa en él, es,

como dice el célebre pintor Cabrera, que la examinó por orden de la autoridad eclesiástica en unión de otros respetables pintores, *superior á lo que puede ejecutar el hombre*. «No sé yo, prosigue el célebre Cabrera, no sé yo explicar el pasmo que me causa esta maravilla del arte; porque es tal su primor, que se levanta mucho mas allá que la mas sutil destreza de él, regulándole por el nivel de sus preceptos. No tiene contorno ni dintorno que no sea un milagro, como que está latiendo en este admirable dibujo la soberanía de su autor.»

En el solemnisimo reconocimiento que de este lienzo se hizo en 1666, el padre Florencia, que fue uno de los testigos, afirma que puso mucho cuidado en el envés, y que se lo hizo poner á otras personas, entre ellas al señor Siles, y convinieron en que por ser *tan rara la manta se veían unos manchones de colores, como del jugo exprimido de varias flores que hubieran resudado por el envés*. ¿Ni cómo no ha de pasar por obra de un milagro esa pintura que, á su indisputable perfección, reúne lo que no cuenta ninguna otra hecha por humano pincel? ¿Cómo no ha de estar reputada por divina una imagen que tiene esa frescura de colorido como si se acabara de hacer, no obstante haber trascendido mas de trescientos años? ¿Qué lienzo, por sólido que sea y por bien preparado que esté, conserva su tersura como este, no obstante ser tan frágil y ordinario? Ninguno ciertamente.

Pero ¿qué estraña música y singular ruido viene á herir nuestros oídos? ¿Por qué se agrupa la gente en aquel extremo de la iglesia, formando un círculo impenetrable? Es una comparsa de indios de ambos sexos, vestidos á la usanza de los antiguos aztecas; vedlos: llevan los rostros cubiertos con espantosas caretas de carton, que imitan cabezas de animales feroces; vistosas plumas de variados colores sujetas á la frente por una cinta plateada, y en las manos arcos de matizadas flores que agitan haciendo mil estrañas figuras. Disfrazados de tan estraña manera, ved cómo bailan haciendo mil ridículas muecas, inclinándose hasta el suelo, y dando ahullidos, al son de una estraña música tocada también por indios, y fijad por último, la atención, en el que representa á Juan Diego, vestido de la manera con que aquel indio iba cuando se le apareció la Virgen, y que ahora cuida de que la gente que se acerca, no atropelle á los que bailan. Pero el que representa á Juan Diego, no solo tiene á su cargo el vigilar que no se acerque la concurrencia demasiado á la comparsa, sino que tiene además la noble misión de echar una *loa*, subido sobre una mesa que colocan en el atrio, cerca de la puerta de la iglesia, en la cual relata la manera con que la Virgen se le apareció. Por supuesto que para esto eligen al de mas *razon*, como ellos dicen; pero que no por esto deja de decir solemnisimos disparates.

El género de música, el canto, los gritos, las monadas, las inclinaciones de cabeza, y estos bailes á que llaman *mitotes*, son los mismos que practicaban antes de la conquista.

Acerquémonos ahora al grupo que se encuentra al lado de aquella gran mesa cubierta de medallas, rosarios, estampas y cintas. ¿Sabeis lo que mira con tanta atención? Pues mira la multitud de cuadritos que representan los diferentes milagros que ha obrado la Virgen con los devotos que han implorado su favor, y que estos han enviado al templo para perpetuar la memoria de la gracia recibida. Mas salgamos del magnífico Santuario donde se celebra esta función con una pompa que no reconoce superior ni en la misma Roma, y volvamos á la plaza para observar lo que nos falta aun por ver.

Todas las piezas bajas de las casas se han convertido de repente en fondas á las cuales acude, esceptuando la clase alta de la sociedad, la mayor parte de las personas que han concurrido á la fiesta. Allí la gente de frac y de frazada, las señoras de pañolón ó *tápalo* como lo llaman, y las graciosas *chinas* de enagua corta y desnuda pierna, pagan tributo á la costumbre de almorzar en la animada villa, y unas sentadas en malas sillas, y otras en el suelo, alimentan su estómago con el sabroso *mole de guajolote* (5) las apetitosas *enchiladas*, los *chiles* rellenos y los *frijoles* gordos, ayudados del sabroso *pulque* compuesto de piña, de almendra ó de naranja.

Fijemos ahora la vista en el *Pocito*: llámase así una capilla en cuyo centro se halla un manantial de agua sulfurosa que pasa entre la gente por milagrosa para curar todas las enfermedades. Ahí teneis á esa multitud de personas agolpadas alrededor del barandal de hierro que circunda el *Pozo* para evitar que alguien caiga á él, afanadas en llenar del espesado líquido las botellas y jarras que han ido cargando desde Méjico, y sin el cual así como sin las *tortillitas* de que ya he hablado, nadie acostumbra volver á la capital. No parece sino que cuantos al espesado *Pocito* acuden, son ciegos apasionados del sistema hidropático. Todos á competencia beben vaso tras vaso, con una fe ciega, el agua milagrosa, distinguiéndose muy particularmente los indios que no satisfechos con lo que han depositado en el interior del cuerpo, acuden luego á un lugar exterior de la capilla en que existe la misma agua, y allí se bañan los piés, los

brazos y la cabeza para quedar benditos por fuera y por dentro.

Pero dejemos la capilla y el *Pocito* en que tuvo lugar la quinta aparición de la Virgen á Juan Diego, y concluyamos nuestro paseo subiendo al *Cerrito* por esa calzada de piedra construida á espensas de don fray Payo de Rivera, arzobispo y primer virey de Méjico, así como el acueducto y fuente de agua que se halla en la plaza. Ahí teneis la capilla denominada del *Cerrito* costeada por don Cristóbal de Aguirre y su mujer doña Teresa Pelegrina, en que por primera vez se presentó al indio rodeado de magestad y de belleza la Madre del Salvador. Desde el pié del *Cerrito* hasta su cumbre, está apretado de gente que, repartida aquí y allí corre, baila y almuerza el apetitoso *chito* (6) y el *mole*, acompañados de repetidos tragos de *pulque*. ¡Qué bella vista presenta desde esta eminencia el delicioso valle de Méjico! ¡Cómo brillan las transparentes linfas de esos lagos cercados por todas partes de floríferos vergeles y de pintorescos pueblecillos medio ocultos entre las verdes ramas de los árboles que los rodean!

La villa de Guadalupe, además del atractivo que encierra por haberse aparecido allí la Virgen, tiene recuerdos que aumentan su interés y la immortalizan. Allí era donde los vireyes españoles entregaban el baston de mando al que iba de la península á reemplazarlos. La independencia la proclamó el cura Hidalgo en el pueblo de Dolores el 16 de setiembre de 1810, haciendo tremolar el estandarte en que se veía una copia de la Virgen de Guadalupe. En octubre de 1821, instituyó Iturbide, único emperador mejicano, la orden méjicana de Guadalupe, y por último, en esta villa se celebró el importante tratado de paz entre Méjico y los Estados Unidos que se concluyó en 2 de febrero de 1848.

Además de la fiesta del día 12 de diciembre, se celebra otra llamada *la fiesta de los naturales ó indios*, y que es tanto ó mas concurrida que la que he descrito y que se conoce por *fiesta de los españoles*.

NICETO DE ZAMACOIS.

EL CASTILLO DE SAN ANTON.

La Coruña es sin disputa una de las mas bellas ciudades de la costa cantábrica, cualquier viajero que llegue á ella, ya sea por mar, ya por tierra, se sorprende siempre, ante tan vistosa perspectiva, pues la Coruña como una verdadera mujer hace gala de mostrar todos sus encantos de una sola vez, porque quiere sorprender, cautivar y en esto la coqueta se porta admirablemente.

Aquella hermosa punta de tierra que se adelanta y se entra como un cisne entre las verdosas aguas de aquel mar turbulento, está situada de tal modo que sus casas blancas y erguidas, parecen escalonadas á orillas del agua, como buques que atracasen al muelle en aquel momento, y así se ve aquella larga y doble hilera de edificios, formar en torno de la bahía un semicírculo en donde se detienen murmurando aquellas olas agitadas.

Si la visitais por verano, la creereis riente ciudad del Mediodía de Italia, si por invierno, no pensareis sino que entráis en uno de los puertos del Norte, en donde el viajero admira una ciudad jóven y melancólica, si esto podemos decir, en que, como las de Holanda, el rayo de sol tibio que penetra por entre nubes cenicientas, cae tristemente sobre las olas hervidoras y con ese tinte oscuro de los mares septentrionales.

Ella hace gala de lucir el traje elegante de las ciudades modernas, y así como para el hombre de hoy tiene las hermosas calles de la ciudad nueva, en que hierve el movimiento de las ciudades comerciales, así para el loco soñador, para aquel que se complace en recordar tiempos pasados, y generaciones pasadas, y usas y costumbres y creencias perdidas, guarda en la ciudad vieja, sus antiguos monumentos, al pié de los cuales creereis todavía ver discurrir la pálida sombra del rey Alonso IX, su repoblador, y creereis escuchar bajo el pórtico de la iglesia de Santiago, la voz de nuestros antepasados que hablaban en la lengua de nuestras montañas, perdida hoy como hemos perdido todo, en aquellos días de luto en que el comun se hallaba ya bajo una tutela vergonzosa.

Sus hermosos barrios la prestan por la parte de tierra ese aspecto particular, propio solamente de los pueblos comerciales, y cautivan ya el ánimo del viajero, sorprendiéndole agradablemente.

Pero en donde se goza del hermoso paisaje en que se asienta la Coruña, es desde la bahía.

Verdaderamente se necesita haber visitado esta ciudad, á quien llama Ziegler (1) *encantadoramente hermosa*, y entrar en ella por mar para saber lo que es. Bien es verdad que su pequeña población, no la permite ser lo que otras; pero es cierto también que al ver el sol quebrando sus rayos en los cristales de las galerías, al ver aquel cielo sereno, aquellas casas, aquellas rocas descarnadas y parduzcas, aquellas olas que saltan en los bajos, aquella luz que parece rodearla como una aureola de claridad, aquellos molinos que mueven pesa-

(3) Especie de cajón hecho de palos entrelazados y algo separados unos de otros.

(4) Tejido ordinario hecho de yerba.

(5) Como en mi artículo intitulado *Santa Anita y las chinampas*, hablé de estas comidas, omito aquí toda explicación, puesto que el lector puede ocurrir al primero.

(6) Cabrillo cuya carne se ha secado de espesado.

(1) Viaje por España, por Alejandro Ziegler. Leipzig 1852.

damente sus aspas, y que parecen desde bahía pequeñas embarcaciones estendidas al azar en torno del viejo gigante de la torre de Hércules,—ese pobre resto de un pueblo que desapareció sobre la tierra, resto abandonado por un naufragio en una orilla solitaria, que los habitantes de las cercanías recogen y utilizan de nuevo;—todo ello mezclado, confundido, bañado por un soplo misterioso que parece prestarles una misma vida, no podemos menos de admirarla y decir que la Coruña es hermosa.

Como ciudad de las mas interesantes en aquellos mares, y mas frecuentemente invadida por las naciones con quienes España estuvo en guerra, se pensó siempre en su defensa, y por eso la cercaron de murallas que hoy la ahogan, y guardaron la entrada en el puerto dos castillos, de los cuales, el principal, que es el de San Anton, es del que vamos á ocuparnos en el presente artículo.

Situado á la entrada del puerto, sus fuegos son los que mejor defienden la ciudad, en caso de un desembarco por aquella parte, álzase sobre un peñasco ó islote, en donde en otros tiempos hubo una ermita bajo el patronato de San Antonio, de donde le viene el nombre al castillo de San Antonio, Anton en el dialecto provincial.

El señor Vedia, en su historia de la Coruña, dice hablando de este islote, que en el sitio de 1589 se pensó por primera vez en fortificarlo. Esto no es mas que una conjetura que á poco que reflexionase el autor de dicha historia, conocería cuán errada es y tal vez la falta de datos con que se tropieza siempre que se trata de ilustrar cualquier punto histórico de aquel infortunado país, es lo que hizo caer en este error demasiado sencillo por otra parte para que nosotros tratemos por ello de inculparle. No es muy difícil averiguar á qué época se remonta la fortificación del islote; nosotros por nuestra parte creemos que atendida á su preciosa posición en aquella ría, siendo la Coruña una de las mas principales ciudades de aquel litoral, y estando por esa misma razon, como lo estuvo en efecto, mas espuesta que otra alguna á los desastrosos efectos de un desembarco enemigo, debió pensarse seriamente en fortificar un punto que tan útil era para la defensa de la plaza.

Los adelantos militares hechos en el siglo XVI, nuestras guerras entonces continuas con casi todas las naciones de Europa, debieron obligar á España á prepararse para el caso en que los pueblos á quienes ella iba á inquietar en su propio territorio, quisiesen á su vez, tomando ejemplo de ella, molestarla y traer á sus ciudades y sus campos la guerra que ella llevaba fuera de la península. Las guerras que Felipe II sostuvo contra Inglaterra, debieron hacer pensar á los gobernadores de Galicia en fortificar los puertos principales de las cuatro provincias, pues estando como estaban desamparadas, y sin mas apoyo ni recursos de defensa que los que podia en casos difíciles suministrar el país, teniendo en cuenta que ademas de esto por estar las costas de Galicia mas cerca que ninguna otra á Inglaterra, eran de esperar continuos desembarcos de aquellos audaces marinos. De ánimos prudentes era el prepararse á cualquier evento, y de aquí el que pensasen en fortificar el islote de San Anton. Sábese que en 1528 se recibieron en la Coruña cartas y provisiones reales, en que el Emperador, mandaba se levantase una fortificación en dicho islote, y aun cuando no sepamos cuando el ayuntamiento y el gobernador del reino llevaron á efecto dicho mandato, hallamos que cuando los fuegos de las atalayas anunciaron la aproximación de una escuadra inglesa, que con buen viento y mejor orden se fue acercando al puerto «llegando,—como dice la memoria manuscrita que tenemos á la vista, y en que se relatan circunstanciadamente los sucesos de aquella jornada,—poco menos que á tiro de cañon del fuerte de San Anton, tomando la capitana la vanguardia y llevando delante una carabela se fue arrimando á la parte contraria de la ciudad donde llaman Santa Cruz, siguiéndola los demás navíos de la armada, ocupando lo que hay desde el monte Mera hasta Santa María de Oza, apartándose todo lo que pudieron de la isleta de San Anton y su fuerte que como si estuviera ya en perfección, les cañoneaba con tanta priesa que despues de haber dado fondo la capitana del enemigo, se alargó mas, arrojándose cuanto pudo á tierra.» Como se ve por el párrafo de dicha memoria que copiamos y sobre todo por las palabras que subrayamos á propósito, no fue en el sitio de 1589 cuando se pensó por primera vez en fortificarlo, como dice erradamente el señor Vedia, sino que á la sazón (hablamos del sitio), existía ya la fortaleza, si bien no concluida como se deja ver por las palabras, como si estuviera ya en perfección.

Nos hemos detenido en este punto mas de lo que á primera vista merecía, aunque como punto de historia, aun cuando no nacional, provincial al menos, sea digno de esta digresión, siquiera por lo olvidado que ha sido siempre aquel país, por cuantos historiadores se ocuparon de las cosas de España.

Por lo demás no es tanta la importancia que tenga dicha fortificación, para que nos detengamos en historiar los sucesos en que habrá tomado parte; nos basta saber que hoy es uno de los principales puntos de fortificación de la plaza, y que por lo mismo ha corrido las mismas vicisitudes que aquella.

La obra actual, es moderna y bastante irregular, aunque por lo mismo presenta á primera vista un as-

pecto agradable. La casa del gobernador, la capilla y la habitación del capellan, construidas segun Vedia, en 1779, están á prueba de bomba. Hállanse estas habitaciones sobre el cuerpo del centro del castillo; hay un precioso aljibe, de cuya agua excelente en extremo, se surte la guarnición y personas que habitan la fortaleza, que viene sirviendo de prision de Estado, de dos siglos atrás próximamente. Tiene ademas un almacén de pólvora, un hornillo para bala roja, casa para el ayudante, pabellones para el oficial y cirujano, si bien estos se hallan, á causa de su deterioro, sirviendo de cuartel-alojamiento para la corta guarnición que da el servicio del castillo.

Componen esta, un destacamento de sesenta y cinco hombres de infantería y treinta artilleros, que tienen comunicacion con la ciudad por medio de una barca que va desde la fortaleza á la puerta de San Miguel, interrumpiéndose su servicio muy á menudo, á pesar de la corta distancia que media entre ambos puntos, gracias á los crueles vendabales que reinan en aquella costa durante el invierno.

No es la importancia de este castillo puramente militar, eslo tambien marítima; así es que por hallarse situado á la entrada del magnífico puerto de la Coruña, se ha pensado en colocar allí un faro que guíe las embarcaciones hácia el puerto. Nosotros sabemos que efectivamente, concluido ya el proyecto de un faro por el señor Pellon, ingeniero jefe de los de la provincia, se va á colocar uno de los mejores en el costado del Norte, cuyo aparato de luz reemplazará al que, para nuestro desdoro, cuando hacian escala en la Coruña los paquetes de vapores ingleses de la compañía de las Indias que arribaban por lo regular á las altas horas de la noche, se construyó y colocó á espensas de dicha compañía, en el mismo punto donde se piensa colocar el proyectado faro.

Como casi todos los castillos que se hallan á la entrada de los puertos, tiene el de San Anton, un constante centinela que por medio de una gran bocina dirige á todos los buques que recalán en la Coruña, las preguntas que suelen hacerse en tales casos:—¡ Ah del buque! ¿ qué dirá? y á esta siguen las demás que marcan los reglamentos marítimos, y mientras dura el interrogatorio, los buques de vela permanecen en facha. Tampoco puede abandonar aquellas aguas ningun buque, sin enviar antes al gobernador de este castillo, el pase del capitán del puerto; por esto se puede conocer cuál es la importancia de esta fortaleza, guardadora celosa del puerto, y una de sus mejores fortificaciones. Hemos oido, que á imitación de los castillos de San Felipe y la Palma, situados en la ría del Ferrol, se echaba en otros tiempos desde el de San Anton al de San Diego, situado al Sudeste y una y media á dos millas de distancia, una fuerte cadena de hierro que impedía la entrada en el puerto á las embarcaciones enemigas.

Un raro privilegio tenían estas dos fortalezas, que aun hoy existe aunque muy en desuso, y que no sabemos qué origen tiene, ni de qué tiempos data. Hablamos de la especie de diezmo que las guarniciones de los dos castillos exigían á los pescadores, de la pesca que traían á bordo y recogían en aquella ría. Tal vez esta estraña contribucion, no reconozca mas origen que el de un abuso, convertido despues en ley por la costumbre. Sea de esto lo que quiera, es lo cierto que no hace mucho, exigían todavía, en particular en el castillo de San Diego, dicha contribucion, que aquellos infelices pescadores satisfacían á la guarnición de la fortaleza.

Pocas, mejor dicho ningunas, son las cosas que llaman la atencion del que visita el castillo; sin embargo, los inteligentes admiran una célebre culebrina que se halla colocada en el lienzo de murallas que miran hácia la salida del puerto, culebrina de un alcance tal en sus disparos, que se asegura que durante el desembarco de los ingleses en la costa, situada á espaldas de la villa de la Graña (doce millas de distancia), molestó muchísimo con sus fuegos á las tropas invasoras que trataban de posesionarse de aquellos montes.

Es célebre, como hemos dicho ya esta fortaleza, por servir de prision de Estado desde hace cerca de dos siglos. Efectivamente, alrededor del patio del centro, se ven las horribles prisiones llamadas casa-matas que existen en número de ocho y que solo tienen cuatro varas de ancho por tres y media de alto.

En ellas estuvieron presos el teniente general don Antonio Villarreal, que durante la desastrosa guerra de Sucesion siguió el partido del Archiduque, hallándose en la célebre jornada de Villaviciosa, que inclinó la balanza del lado del Borbon, y defendiendo últimamente con el mayor valor y teson digno de mejor suerte la ciudad de Barcelona que permanecía fiel al Austriaco. Una vez esta entregada y asegurada la pacífica posesion del centro español en manos de Felipe V, Villarreal pagó con una larga prision en este castillo su parcialidad por el archiduque Carlos. El mismo Felipe V encerró en las prisiones de que hablamos al famoso don Melchor de Macanaz, su ministro, cuyo nieto, (don Pedro Macanaz) á su vez ministro del rey Fernando VII, estuvo tambien preso aquí, ocupando la primera casa-mata que hay entrando á mano derecha, á la que le dejó su nombre. Una víctima ilustre de nuestras luchas intestinas estuvo en estas prisiones durante los tres horribles dias que precedieron á su ejecucion. Hablamos del general Porlier.

Allí fue donde escribió su testamento en el que leemos estas tristes palabras que debían servir segun su última voluntad para su epitafio. «Aquí yacen las cenizas de don Juan Diaz Porlier, general que fue de los ejércitos españoles; fue feliz en cuanto emprendió contra los enemigos esternos de su patria, y fue víctima de las disensiones civiles.»

Nada mas podemos añadir á estas noticias, solamente diremos á aquellos que son dados á semejantes cosas, que segun cuentan las gentes de mar, está encallado contra las rocas sobre las que está construido el castillo, el casco de una fragata mercante que venia de América con un precioso cargamento de plata y oro.

El castillo situado á la entrada de la ría como queda dicho, presenta una vista hermosísima, las olas baten espumosas sus pesados flancos, y semeja entre ellas un mudo centinela eterno guardador de aquellas aguas. La ciudad vieja cuyos cimientos los baña el mar, alza sus torres de estraña arquitectura, y el que entra en la Coruña por la parte de tierra, admira á un tiempo mismo, y como si se confundiesen en una misma línea, las iglesias de los primeros tiempos de la ojiva que se recortan sobre el azul del horizonte, y la negra silueta que arroja sobre el fondo azul del cielo y del mar el esbelto y oscuro castillo de San Anton.

MANUEL MURGUIA.

Ayer murió repentinamente en esta córte el general don Joaquin Armero, hermano del último presidente del consejo de ministros, director de caballería y capitán general que ha sido de Valladolid; hoy deben ser conducidos sus restos al cementerio.

Tambien ha fallecido en Paris el actor dramático Carlos Desnoyer.

Ha sido nombrado pintor de cámara don Bernardo Lopez, maestro de pintura de S. M. la reina.

La biblioteca provincial de Gerona se está enriqueciendo con innumerables volúmenes que procedentes de los estinguidos conventos se hallaban en poder de particulares.

De la Memoria anual de la Caja de ahorros de Madrid leida en la junta general de 29 de enero último, resultan los siguientes datos:

Las imposiciones hechas en 1856 ascendieron á 77,262; las que se han hecho en 1857 ascienden á 91,938 ó sean 14,676 mas. Los nuevos imponentes fueron 3,202 en 1856 y han llegado á 3,790 en el año pasado ó sean á 588 mas.

El número de libretas existentes en 1856 era de 7,467 y á fines de 1857 es de 8,860, ó sea 1,691 mas. Los imponentes tenían á su favor á fines de 1856 un saldo de 15,260,240 reales vellon; á fines de 1857 tienen 17,266,469 reales, ó lo que es lo mismo 2,005,229 mas.

REVISTA DE LA QUINCENA.

En la quincena que acaba de transcurrir han salido á luz algunas obras, que á pesar de la falta de estímulo y de las circunstancias políticas, sociales, económicas y de todo género que lo dificultan, prueba que el movimiento científico y literario continua en España siendo cada vez mas vivo. Hemos visto en una magnífica y lujosa impresion, digna por cierto de la obra, las poesías del duque de Frias, sonetos, cantos, odas, romances llenos de vigor, de sentimiento, de pasión; recuerdos melancólicos las mas veces, placenteros otras, espresados en versos llenos y sonoros con pensamientos elevados y entonacion acomodada á la nobleza de las ideas. Los herederos del autor publicando este libro han levantado el mejor monumento á su memoria, porque siendo el que mas la honra, será al mismo tiempo el mas duradero.

Un entendido catedrático de agricultura, el doctor Blanco Fernandez, ha publicado tambien los *Elementos de agricultura*, obra en la cual comprendía todos los conocimientos agrícolas con gran método y arte, estendiéndose en aquellos que pueden ser de mas práctica utilidad para los agricultores, y poniendo al alcance de todos las verdades mas importantes de la ciencia.

Y como para aumentar y realzar la importancia de los estudios agronómicos, hoy que merced á la última exposicion, á los esfuerzos de la prensa, á las órdenes del gobierno y á los sacrificios de muchas corporaciones populares de la península, esos estudios se van extendiendo convenientemente, tenemos en la *Zootecnia* que en estos momentos da á luz el doctor Echegaray, catedrático de esta ciencia en la escuela superior de veterinaria, el complemento de las obras relativas al cultivo. Así el autor la llama *Segunda parte de la agricultura*, por la íntima relacion y estrecho enlace que tiene con ella. El libro de que tratamos no tiene solamente este mérito, sino tambien el de formar independientemente de los conocimientos agrícolas, un ramo importante de la historia natural, ramo cuyos principios diseminados en distintas obras, han sido

ahora por primera vez reunidos en un todo, armonizados, metodizados y clasificados, gracias á la inteligencia del señor Echegaray. Nada olvida el señor Echegaray en su obra de 650 páginas, dedicadas á fijar las reglas y principios del arte de criar, conservar y mejorar los animales útiles al hombre, y aunque en algunas materias lo nuevo del asunto haga que se desee mas amplitud, todos los puntos están tratados con la estension conveniente, asi cuando se habla de las causas creadoras de las razas y modificadoras de las especies; como cuando se entra á analizar los diversos efectos de los climas, la influencia, propiedades y composicion química de los alimentos, y las diferentes mezclas, combinaciones y cruzamientos necesarios ó convenientes para la mejora de las castas. Todo esto forma, digámoslo asi, la primera seccion de la obra en que están reunidos los principios generales de la Zootecnia. La otra seccion comprende la Zootecnia especial y trata particularmente de cada uno de los animales que mas utilidad dan al hombre en las diversas circunstancias de la vida. El caballo, el buey, el ganado lanar, la cabra, el cerdo, el conejo tienen sus capítulos especiales; las aves de corral ocupan la atencion del lector en otro capítulo; la cria de peces, la de abejas, la del gusano de seda, tratada con mayor estension, y por último la de la coc hinilla completan la serie de los de esta obra, que popularizada seria de grande utilidad para nuestros agricultores y ganaderos.

En Francia ha publicado el historiador Mr. Michelet un libro curiosísimo titulado *El insecto*. En la primavera de 1856 Mr. Michelet, delicado de salud, se retiró á Montreux, uno de los sitios mas pintorescos del lago de Ginebra. Un dia que estaba sentado al pié de un árbol meditando acerca de la destruccion de un hormiguero que acababa de presenciar, se dijo á sí mismo: «acostumbrado como estoy á considerar la caída de los imperios y de las repúblicas, todavía me da en qué pensar la destruccion de esta gran nacion de insectos, tan laboriosa, tan activa, tan meritoria, perseguida, despreciada, devorada por otras razas del mundo animal. ¿Qué podré hacer yo por esa república que presenta la mas viva imágen del desinterés, del patriotismo, y que está dotada de un sentimiento social tan enérgico? Una cosa; tratar de comprenderla, explicarla si puedo y presentarla bajo un aspecto favorable.»

En efecto, en el invierno siguiente M. Michelet se dedicó á estudiar el asunto con ardor; en el último verano comenzó á escribir, y ahora ha publicado el libro de que tratamos.

Al contemplar el mundo insectil nuestro autor, se muestra sorprendido de las analogías que encuentra entre los insectos y la raza humana; y al leer la descripción que hace de una batalla entre un ejército de hormigas rojas y otro de hormigas negras, olvidamos que se trata de insectos, y nos figuramos que el autor ha querido representar las hazañas de grandes guerreros ó los combates de que depende la suerte de las naciones y de las dinastías. M. Michelet divide su obra en tres secciones: la primera trata de las metamorfosis que experimentan los insectos; la segunda de la *mision* que desempeñan en el mundo y de las artes que ejercen, y la tercera de su modo de vivir social. Como era de esperar, una parte de la obra está sacada de las que han compuesto los mas célebres naturalistas; pero hay capítulos que son el resultado de la observacion personal del autor. Uno de ellos es el relativo á la araña. «Lo peor que tiene este pobre animal, observa M. Michelet, es el ser tan feo. En él la naturaleza lo ha sacrificado todo á la formacion de la máquina industrial necesaria para atender á sus necesidades. De forma circular, provisto de ocho patas y ocho ojos vigilantes, nos admira y disgusta por la prominencia de su abdomen: innoble parte en que los hombres superficiales no ven mas que el signo de la glotonería. ¡Ah, cuán al contrario! Ese abdomen es su taller, su almacén, el depósito de donde saca los hilos de su tela; pero como no puede proveerlo sino con su propia sustancia, no le aumenta jamás sino á su costa, por medio de una rígida sobriedad. Verdadero tipo del artesano, dice: si ayuno hoy, podrá tal vez ganar que comer mañana; pero si la fábrica se para, todo se pierde y mi estómago se verá obligado á ayunar siempre.»



TIPOS ESPAÑOLES. — SERRANOS DE ZARZALEJO, PROVINCIA DE MADRID.

El carácter de este insecto, dice Mr. Michelet, es el resultado de su miserable condicion, que le tiene siempre en un estado pasivo de espera constante y nerviosa. Estar vigilando sin cesar el vuelo alegre y negligente de la mosca que no hace caso de las penas de su enemigo, es padecer un tormento eterno, una continua sucesion de esperanzas y mortificaciones. La araña macho se come á veces á sus hijos; pero la hembra les ama tanto, que sino puede salvarlos en circunstancias de peligro, prefiere morir con ellos. Este amor sin embargo, no se estiende al autor de su prole: á veces, despues de haber procurado evitar que la devore, juzga sin duda que el canibal es bueno para ser devorado, y cayendo sobre él, le mata y se le come. Tales son, dice Mr. Michelet, los terribles idilios, los *negros amores* de los rincones de nuestros desvanes y bodegas.

Las arañas de los jardines abrigan mejores sentimientos; las hembras se portan bien con sus maridos y les permiten vivir cerca de ellas. La dama consiente en que el caballero viva en el piso bajo, mientras ella ocupa el principal de su establecimiento, conservándole siempre en esta situacion subordinada y sumisa para que no se imagine que es rey, sino solamente marido de la reina, ó como suele decirse, príncipe consorte. Una de las extrañas anomalías del mundo insectil es que en él las hembras tienen el poder supremo que ejercen admirablemente como se ve en las naciones de abejas y de hormigas. Sin embargo, mientras la hormiga es abierta y completamente republicana, y tiene muy sujetos á los pocos individuos destinados en su sociedad á perpetuar el pueblo, la abeja hace de su reina un idolo y le adora como el tipo de la maternidad.

No acabaríamos si hubiéramos de citar todos los pasajes curiosos del libro de M. Michelet; solo diremos para terminar esta reseña, que los materiales de la obra han sido cuidadosamente recogidos por la esposa del ilustre historiador, y que á sus pacientes cuidados se deben muchas ingeniosas observaciones.

En Londres se ha publicado con el título de *Rigveda Sanhita*, una coleccion de antiguos himnos de la India. Imaginémosnos una serie de cantos sencillos con cierto tinte de misticismo, como base de una filosofía que algunas veces nos recuerda la de la escuela de Alejandria y otras la de Atenas, y tendremos una idea del carácter de estos himnos, dirigidos á Agni, á Indra, y á una multitud de deidades elementales. La traduccion inglesa es del eminente profesor Wilson, y la edicion del texto sanscrito del profesor Max Müller.

Ha llamado la atencion en la sociedad etnológica de Londres la lectura de una Memoria de Mr. James Kennedy sobre el origen é idioma de los antiguos etruscos. Respecto del primero, cree Mr. Kennedy que proceden de una colonia de Lidia que se estableció en la parte oc-

cidental de Italia, y se amalgamó con los galos, por quienes posteriormente fue invadida. En cuanto al idioma, juzga que era muy semejante al vascongado; porque hay muchas palabras en el italiano moderno que no son latinas ni se refieren á mas idioma conocido que al vascuence; porque hay muchas palabras en el latin que no se refieren al griego ni al celta, ni á ninguna otra lengua del Norte, y tienen gran semejanza con las vascongadas, y porque las inscripciones encontradas en España tienen los mismos caracteres que las etruscas; y se esplican por la lengua vasca. Este asunto requiere una investigacion mas prolija que la que hasta aqui se ha hecho.

Viniendo ya á nuestro pais hablaremos, para terminar esta revista, de los teatros. El de *Novedades* en los últimos dias nos ha presentado una gran novedad: el drama del Sr. Fernandez y Gonzalez titulado *Entre el cielo y la tierra*. Situaciones de grande efecto, toques vigorosos, robusta entonacion, rasgos brillantes y profundos, versos llenos, rotundos, numerosos. tales son las cualidades que distinguen el drama del Sr. Fernandez y Gonzalez: los defectos son: algunos diálogos demasiado largos, alguna escena no tan corta como debiera, mas ó menos justificada alguna otra, y cierta propension á lo maravilloso y extraordinario, efecto de la exuberante imaginacion del poeta. En la ejecucion, ninguno de los actores estuvo á la altura de su papel: seríamos injustos, sin embargo, si no elogiáramos á la Rodriguez, que desempeñó su parte con toda con-

ciencia y logró arrancar aplausos muchas veces. El autor fue llamado á las tablas y obtuvo un merecido triunfo, tanto mas notable, cuanto que no puede decirse aquí que los actores influyeran en la salvacion del drama.

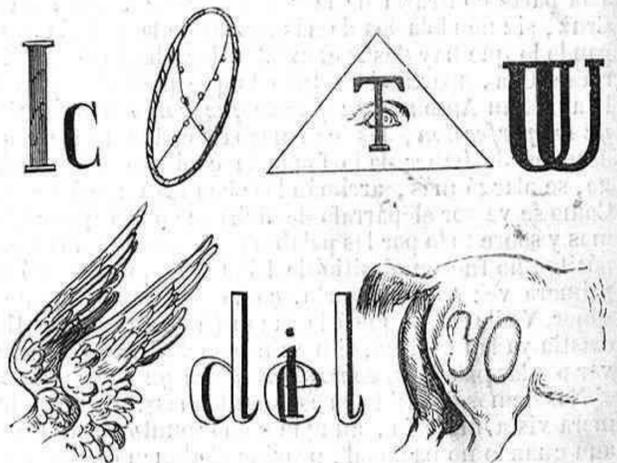
En el teatro de Oriente se han puesto al fin en escena los *Hugonotes*, de cuya representacion hablaremos en otra revista. *El alcalde proveedor* representado en el teatro de la *Princesa* no pasa de ser, como lo ha llamado su autor, un *entretenimiento*.

Una nueva empresa toma el teatro del Príncipe donde terminará sus representaciones coreográficas la Guy Stephan. Le deseamos mejor fortuna que á la empresa antigua.

Por esta revista, y por la parte no firmada de este número,

NEMESIO FERNANDEZ CUESTA.

Geroglífico.



SOLUCION DEL GEROGLÍFICO DEL NÚMERO ANTERIOR.

El ave de albarda es señal de tierra que nunca yerra.

DIRECTOR, D. J. GASPAR.

EDITOR RESPONSABLE D. JOSÉ ROIG.—IMP. DE GASPAR Y ROIG, EDITORES. MADRID: PRÍNCIPE. 4. 1858.